

## CAPÍTULO XXXIII.

*De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasáron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.*

Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la Duquesa, la qual con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto á sí en una silla baxa, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la Duquesa le dixo, que se sentase como Gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrámbas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodeáron atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la Duquesa fué la que habló primero, diciendo: ahora que estamos solos y que aquí no nos oye nadie, querria yo, que el señor Gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quixote anda ya impresa: una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo

á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quixote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena; como se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahinchando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios anduvo por toda la sala levantando los doselos, y luego esto hecho, se volvió á sentar, y dixo: ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas, que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanas no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente, y sin escrúpulo, á mí se me ha ascen-

tado que es un mentecato : pues como yo tengo esto en el magin , me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza , como fué aquello de la respuesta de la carta , y lo de habrá seis ó ocho dias , que aun no está en historia , conviene á saber lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea , que le he dado á entender que está encantada , no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la Duquesa , que le contase aquel encantamiento ó burla , y Sancho se lo contó todo del mesmo modo que habia pasado , de que no poco gusto recibieron los oyentes , y prosiguiendo en su plática , dixo la Duquesa : de lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma , y un cierto susurro llega á mis oidos , que me dice : pues Don Quixote de la Mancha es loco , menguado y mentecato , y Sancho Panza su escudero lo conoce , y con todo eso le sirve y le sigue , y va atenido á las vanas promesas tuyas , sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo : y siendo esto así , como lo es , mal contado te será , señora Duquesa , si al tal Sancho Panza le das Insula que gobierne , porque el que no sabe gobernarse á sí ¿ como sabrá gobernar á otros ? Par Dios , señora , dixo

Sancho , que ese escrúpulo viene con parto derecho ; pero dígame Vuésa Merced , que hable claro , ó como quisiere , que yo conozco que dice verdad , que si yo fuera discreto , dias ha que habia de haber dexado á mi amo , pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza : no puedo mas , seguirle tengo , somos de un mismo Lugar , he comido su pan , quiérole bien , es agradecido , dióme sus pollinos , y sobre todo yo soy fiel , y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon : y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno , dé ménos me hizo Dios , y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia , que magüera tonto se me entiende aquel refran de , por su mal le nacieron alas á la hormiga , y aun podría ser , que se fuese mas ahina Sancho escudero al Cielo , que no Sancho Gobernador : tan buen pan hacen aquí como en Francia : y de noche todos los gatos son pardos : y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado : y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro , el qual se puede llenar , como suele decirse , de paja y de heno : y las ayecitas del campo tienen á Dios por

su proveedor y despensero: y mas calientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras quatro de limiste de Segovia: y al dexar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Príncipe, como el jornalero: y no ocupa mas pies de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encojemos, ó nos hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches: y torno á decir, que si Vuestra Señoría no me quisiere dar la Ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto: y yo he oido decir, que detras de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser Rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los Romances antiguos no mienten). Y como que no mienten, dixo á esta sazón Doña Rodríguez la dueña, que era una de las escuchantes, que un Romance hay que dice, que metieron al Rey Rodrigo vivo en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de allí á dos dias dixo el

Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baxa:

*Ya me comen, ya me comen  
por do mas pecado habia.*

Y segun esto mucha razon tiene este señor en decir, que quiere ser mas labrador que Rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dexó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, á quien dixo: ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso dexa de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida Ínsula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que quando ménos lo piense se verá sentado en la silla de su Ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es, que mire como gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para que encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los po-



bres, y á quien cuece y amasa no le hurtas hogaza: y para mi santiguada que no me han de echar dado falso: soy perro viejo y entiendo todo tus tus, y sé despavilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: digo, porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos, ni pie, ni entrada. Y paréceme á mí, que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podría ser que á quince dias de Gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas dél, que de la labor del campo en que me he criado. Vos teneis razon, Sancho, dixo la Duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los Obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia, debía de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quixote persiguen, porque real y verdaderamente yo sé de buena parte, que

la villana que dió el brinco sobre la pollina, era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores, que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos, ni máquinas, y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando ménos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entónces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo eso, dixo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mesmo trage y hábito que yo dixé que la habia visto quando la encanté por solo mi gusto, y todo debió de ser al revés, como Vuesa Merced, señora mia, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede, ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasion como la mia

creyese una cosa tan fuera de todo término ; pero , señora , no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo , pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores : yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quixote , y no con intencion de ofenderle , y si ha salido al revés , Dios está en el cielo , que juzga los corazones. Así es la verdad , dixo la Duquesa ; pero dígame agora Sancho , que es esto que dice de la cueva de Montesinos , que gustaria saberlo. Entónces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura Oyendo lo qual la Duquesa , dixo : deste suceso se puede inferir , que pues el gran Don Quixote dice que vió allí á la mesma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso , sin duda es Dulcinea , y que andan por aqui los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo , dixo Sancho Panza , que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada , su daño será , que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo , que deben de ser muchos y malos : verdad sea , que la que yo vi fué una labradora , y por labradora la tuve , y por

tal labradora la juzgué , y si aquella era Dulcinea , no ha de estar á mi cuenta , ni ha de correr por mi , ó sobre ello morena. No sino ándense á cada triquete conmigo á dime y diréte , Sancho lo dixo , Sancho lo hizo , Sancho tornó , y Sancho volvió , como si Sancho fuese algun quienquiera , y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante , segun me dixo Sanson Carrasco , que por lo ménos es persona bachillerada por Salamanca , y los tales no pueden mentir , sino es quando se les antoja , ó les viene muy á cuento : así que no hay para que nadie se tome conmigo , y pues que tengo buena fama , y segun oi decir á mi señor , que mas vale el buen nombre , que las muchas riquezas , encáxenme ese gobierno , y verán maravillas , que quien ha sido buen escudero , será buen Gobernador. Todo quanto aquí ha dicho el buen Sancho , dixo la Duquesa , son sentencias catonianas , ó por lo ménos sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micháel Verino , *florentibus occidit annis*. En fin <sup>23</sup> , en fin , hablando á su modo , debaxo de mala capa suele haber buen bebedor. En verdad , señora , respondió Sancho , que en mi vida he bebido de malicia , con sed bien podria ser,

porque no tengo nada de hipócrita: bebo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan, por no parecer, ó melindroso, ó mal criado, que á un brindis de un amigo; que corazon ha de haber tan de mármol, que no haga la razon? Pero aunque las calzo, no las ensucio: quanto mas, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la Duquesa, y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya presto á encaxarse, como él dice, áquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Que rucio es este? preguntó la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar el rucio: y á esta señora dueña le rogué, quando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera, como si la hubiera dicho que era fea, ó vieja, debiendo de ser mas propio y na-

tural de las dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. ¡Ó váleme Dios, y quan mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi Lugar! Seria algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no haya mas, calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él, ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo, como darme de puñaladas: que aunque dice mi señor, que en las cortesias ántes se ha de perder por carta de mas, que de ménos, en las jumentiles y asininas se ha ir con el compas en la mano y con medido término. Llévelo, dixo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No piense Vuesa Merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio, no seria cosa nueva. Las



razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole a reposar, ella fué a dar cuenta al Duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos diéron traza y orden de hacer una burla a Don Quixote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el qual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

## CAPÍTULO XXXIV.

*Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.*

Grande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Panza, y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quixote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la Duquesa se admiraba, era, que la simplicidad de Sancho fue-

se tanta, que hubiese venido a creer ser verdad infalible, que Dulcinea del Toboso estuviere encantada, habiendo sido él mesmo el encantador y el embustero de aquel negocio: y asi habiendo dado orden a sus criados de todo lo que habian de hacer, de alli a seis dias le llevaron a caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un Rey coronado. Diéronle a Don Quixote un vestido de monte, y a Sancho otro verde de finisimo paño; pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia habia de volver al duro exercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas, ni reposterías. Sancho si tomó el que le diéron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia, armose Don Quixote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dexar, aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quixote de puro cortes y comedido tomó la rienda de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo, y finalmente llegaron a un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paran-

zas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y Don Quixote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detras de todos, sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algun desman, y apenas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acosado de los perros y seguido de los cazadores, viéron que hacia ellos venia un desmesurado jabali, cruziéndole dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quixote: lo mesmo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr quanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando

ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo, y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole, que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos, y á pedir socorro con tanto ahinco, que los que le oían y no le veían, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabali quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante, y volviendo la cabeza Don Quixote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abaxo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe, que entre los dos se guardaban. Llegó Don Quixote y descolgó á Sancho, el qual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayoraz-



go. En esto atravesaron al jabali poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto le llevaron como en señal de vitoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dixo: si esta caza fuera de liebres, ó de paxarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo: yo no sé que gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

*De los osos seas comido,  
como Fabila el nombrado.*

Ese fué un Rey godo, dixo Don Quixote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Príncipes y los Reyes se pusiesen en semejantes peligros á truco de un gusto, que parece

que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañaís, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los Reyes y Príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra, hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandisimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corroboranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos, y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para Reyes y grandes Señores. Así que, ó Sancho, mudad de opinion, y quando seáis Gobernador ocupaos en la caza, y veréis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen Gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enhoramala andaria el gobierno. Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser pa-

ra los holgazanes, que para los Gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme, es en jugar al triunto envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas, ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga: y tripas llevan pies, que no pies á tripas: quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto, ó no. Maldito seas de Dios y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriciente y concertada. Vuestras grandezas dexen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo quanto le dé Dios á el la salud, ó á mí, si los querria escuchar. Los refranes de Sancho Panza, dixo la Duque-

sa, puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por eso son ménos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir, que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos, y con mas sazón acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestas se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara, ni tan sesga, como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro, que truxo consigo, ayudó mucho á la intencion de los Duques, y así como comenzó á anochecer, un poco mas adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas quatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballeria, que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies al uso de moros, quando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbáron tam-

bores , resonaron pifaros , casi todos á un tiempo , tan contino y tan apriesa , que no tuviera sentido el que no quedara sin el al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque , suspendióse la Duquesa , admiróse Don Quixote , tembló Sancho Panza , y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio , y un postillon que en traje de demonio les pasó por delante , tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno , que un ronco y espantoso son despedía. Ola , hermano correo , dixo el Duque ¿ quien sois ? ¿ adonde vais ? ¿ y que gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa ? Á lo que respondió el correo con voz horripilante y desenfadada : yo soy el diablo , voy á buscar á Don Quixote de la Mancha , la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores , que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso : encantada viene con el gallardo frances Montesinos á dar orden á Don Quixote de como ha de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís , y como vuestra figura muestra , ya hubiérades conocido al tal caballero Don Quixote de la Mancha , pues le tenéis delante. En

Dios y en mi conciencia , respondió el diablo , que no miraba en ello , porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos , que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda , dixo Sancho , que este demonio debe de ser hombre de bien y buen christiano , porque á no serlo , no jurara en Dios y en mi conciencia : ahora yo tengo para mí , que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio , sin apearse , encaminando la vista á Don Quixote , dixo : á ti *el Caballero de los Leones* ( que entre las garras de ellos te vea yo ) me envia el desgraciado , pero valiente caballero Montesinos , mandándome , que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare , á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso , con orden de darte la que es menester para desencantarla , y por no ser para mas mi venida , no ha de ser mas mi estada : los demonios como yo quedan contigo , y los Angeles buenos con estos señores : y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno , y volvió las espaldas , y fué sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos , especialmente en Sancho y en Don Quixote : en Sancho , en ver que á despecho de la ver-



dad querian que estuviere encantada Dulcinea: en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dixo: ¿piensa Vuesa Merced esperar, señor Don Quixote? ¿Pues no? respondió él, aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniere á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oygo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí, como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerró mas la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas maticas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrido áspero y continuado se dice, que huyen los lobos, y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente que á las quatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo quatro reencuentros, ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artilleria, acu-

llá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, léjos se reiteraban los lalilias agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quixote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y á gran prisa mandó que le echasen agua en el rostro. Hizose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle quatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos

feos demonios vestidos del mesmo bocaf, con tan feos rostros, que Sancho habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro á igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: yo soy el sabio Lirgandeo, y pasó el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el qual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro, dixo: yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono, no era viejo como los demas, sino hombron robusto y de mala catadura, el qual al llegar, levantándose en pie como los otros, dixo con voz mas ronca y mas endiablada: yo soy Arcalaus el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hiciéron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas: y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo á buena

señal, y así dixo á la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música, no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. Á lo que replicó Sancho: luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dixo Don Quixote, que todo lo escuchaba, y dixo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXXV.

*Donde se prosigue la noticia que tubo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.*

Al compas de la agradable música, vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y aun tres mayor que los pasados,

y los lados y encima dél ocupaban otros doce diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente, y en un levantado trono venia sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, si no rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo, que sin impedirlo sus lizos por entre ellos se descubria un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni baxaban de diez y siete: junto á ella venia una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quixote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laudes, que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó é entrámbos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, descarnada y fea, de que Don Quixote recibió pe-

sadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hicieron algun sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta comenzó á decir desta manera:

*Yo soy Merlin, aquel que las historias  
Dicen, que tuve por mi padre al diablo,  
(Mentira autorizada de los tiempos)  
Principe de la Mágica, y Monarca  
Y archivo de la ciencia zoroástrica,  
Ímulo á las edades y á los siglos,  
Que solapar pretenden las hazañas  
De los andantes bravos caballeros,  
A quien yo tuve y tengo gran cariño.  
Y puesto que es de los encantadores,  
De los magos, ó mágicos contino  
Dura la condicion, áspera y fuerte,  
La mia es tierna, blanda y amorosa  
Y amiga de hacer bien á todas gentes.  
En las cavernas lóbregas de Dite,  
Donde estaba mi alma entretenida  
En formar ciertos rombos y caracteres,  
Llegó la voz doliente de la bella  
Y sin par Dulcinea del Toboso.  
Supe su encantamiento y su desgracia,  
Y su transformacion de gentil dama  
En rústica aldeana: condolime  
Y encerrando mi espíritu en el hueco*



Desta espantosa y fiera notomia,  
 Despues de haber revuelto cien mil libros  
 Desta mi ciencia endemoniada y torpe,  
 Vengo á dar el remedio que conviene  
 A tamaño dolor, á mal tamaño.  
 O tú, gloria y honor de quantos visten  
 Las tunicas de acero y de diamante,  
 Luz y farol, sendero y guia  
 De aquellos que dexando el torpe sueño  
 Y las ociosas plumas, se acomodan  
 A usar el exercicio intolerable  
 De las sangrientas y pesadas armas:  
 A ti digo, ó varon, como se debe,  
 Por jamas alabado, á ti valiente  
 Juntamente y discreto Don Quixote,  
 De la Mancha esplendor, de España estrella,  
 Que para recobrar su estado primo  
 La sin par Dulcinea del Toboso,  
 Es menester que Sancho tu escudero  
 Se dé tres mil azotes y trecientos  
 En ámbas sus valientes posaderas  
 Al ayre descubiertas y de modo  
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.  
 Y en esto se resuelven todos quantos  
 De su desgracia han sido los autores.  
 Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dixo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes; pero así me daré

yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé que tienen que ver mis posas<sup>22</sup> con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote, Don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trecientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caygan á tres mil y trecientos tirones, y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo qual Merlin dixo: no ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que el quisiere, que no se le pone término señalado: pero permitesele, que si él quisiere redimir su vexacion por la mitad deste vapulamiento, puede dexar que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada. Ni agena, ni propia, ni pesada, ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecáron sus ojos?

El señor mi amo sí que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, quando levantándose en pie la argentada Ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció mas que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil; y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dixo: ó malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijéñas y apedernaladas, si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras, si te persuadieran á que mataras á tu muger y á tus hijos con algún truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trecientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta á

todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos míos, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madexa á madexa, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado monstró, que la edad tan florida mia, que aun se está todavía en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llevo á veinte, se consume y marchita debaxo de la corteza de una rústica labradora, y si ahora no lo parezco, es merced <sup>25</sup> particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosa vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestion indómito, y saca de harón ese brio, que á solo comer y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz: y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algún razonable término,

hazlo por ese pobre caballero, que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo, volviéndose al Duque: por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta. ¿Que decis vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís, dixo el Duque. Déxeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en sotilezas, ni en letras mas á ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una ti-

ra mira de malos nombres que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante, ó no? ¿Que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas vale un toma, que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge, me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes: y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un Gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar, y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad,



estando ella tan agena dello, como de volverme Cacique. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que si no os ablandáis mas que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno sería, que yo enviase á mis insulanos un Gobernador cruel de entrañas pederinalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habeis de ser Gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dixo Merlin: aquí en este instante y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su pristino estado de labradora, ó ya en el ser que está, será llevada á los Eliseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vúpulo. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del señor Don Quixote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías.

Dad el sí, hijo, desta azotayna, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura, como vos bien sabeis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame Vuesa Merced, señor Merlin: quando llegó aquí el diablo correo, dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mándandole de su parte, que le esperase aquí, porque venia á dar orden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta agora no hemos visto á Montesinos, ni á sus semejanzas. Á lo qual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco: yo le envié en busca de vuestro amo; pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva, entendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos mas quisieredes: y por agora acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis,

para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darne los tres mil y trecientos azotes, con <sup>26</sup> condicion, que me los tengo de dar cada y quando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días, ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura <sup>27</sup> de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan, ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como

agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras, ni de las faltras, ni el Cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Ea pues, á la mano de Dios, dixo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas últimas palabras Sancho, quando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volviéron á disparar infinitos arcabuces, y Don Quixote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mexillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes diéron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por si y todos juntos

daban manifiestas señales, que el día que al aurora venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volviéron á su castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que mas gusto les diesen.

## CAPÍTULO XXXVI.

*Donde se cuenta la extraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias de la Condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su muger Teresa Panza.*

Tenia un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo que un page hiciese á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro día, si habia comenzado la tarea de la penitencia, que habia de hacer por el

desencanto de Dulcinea. Dixo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la Duquesa, que con que se los habia dado. Respondió, que con la mano. Eso, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de azotes: yo tengo para mí, que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dexen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio. Á lo que respondió Sancho: deme Vuestra Señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado, porque hago saber á Vuesa Merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen mas de algodón, que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una diciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. Á lo que dixo Sancho: sepa Vuestra Alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á



mi muger Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aqui la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobre escrito: querria que vuestra discrecion la leyese, porque me parece que va conforme á lo de Gobernador, digo al modo que deben de escribir los Gobernadores. ¿Y quien la notó? preguntó la Duquesa. Quien la habia de notar sino yo, pecador de mí, respondió Sancho. ¿Y escribistesla vos? dixo la Duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho: porque yo no sé leer, ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dixo la Duquesa, que á buen seguro, que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA  
Á TERESA PANZA SU MUGER.

*S*i buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora; otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado, que andes en

*coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar, es andar á gatas. Muger de un Gobernador eres, mira si te roirá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa, acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quixote mi amo, segun he oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trecientos azotes ménos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los Gobernadores nuevos van con este mesmo deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte, si has de venir á estar conmigo, ó no. El rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar, aunque me llevaran á ser Gran*

*Turco. La Duquesa mi señora te besa mil veces las manos, vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste, ni valga mas barata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de márras; pero no te dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno, sino que me ha dado gran pena, que me dicen, que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él, y si así fuese, no me costaría muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongia en la limosna que piden: así que por una vía ó por otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de Julio de 1614.*

*Tu marido el Gobernador*

*Sancho Panza.*

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo á Sancho: en dos cosas anda un poco descaminado el buen Gobernador: la una, en decir, ó dar á entender, que es-

te gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que quando el Duque mi señor se le prometió, no se soñaba haber azotes en el mundo: la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que óregano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el Gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho, y si á Vuesa Merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podría ser que fuese peor, si me lo dexan á mi caletre. No, no, replicó la Duquesa, buena está <sup>esta</sup>, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fuéron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mestró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comiéron, y despues de alzados los manteles, y despues de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro, y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quixote, que no cabia en su asiento de puro al-

borotado : de Sancho no hay que decir , si-  
no que el miedo le llevó á su acostumbrado  
refugio , que era el lado , ó faldas de la  
Duquesa , porque real y verdaderamente  
el son que se escuchaba era trisísimo y  
malencólico. Y estando todos así suspensos,  
viéron entrar por el jardín adelante dos  
hombres vestidos de luto , tan luengo y ten-  
dido , que les arrastraba por el suelo : es-  
tos venian tocando dos grandes tambores,  
asimismo cubiertos de negro. Á su lado ve-  
nia el pífaro negro y pizmiento como los  
demas. Seguia á los tres un personage de  
cuerpo agigantado , amantado , no que ves-  
tido con una negrísima loba , cuya falda era  
asimismo desaforada de grande. Por encima  
de la loba le ceñia y atravesaba un ancho  
tahali , tambien negro , de quien pendia  
un desmesurado alfange de guarniciones  
y vayna negra. Venia cubierto el rostro  
con un trasparente velo negro , por quien  
se entreparecia una longísima barba , blan-  
ca como la nieve. Movia el paso al son de  
los tambores con mucha gravedad y repo-  
so. En fin , su grandeza , su contoneo , su  
negrura y su acompañamiento pudiera y  
pudo suspender á todos aquellos que sin co-  
nocerle le miráron. Llegó pues con el es-  
pacio y prosopopeya referida á hincarse de

rodillas ante el Duque , que en pie con los  
demas que allí estaban le atendia. Pero el  
Duque en ninguna manera le consintió ha-  
blar , hasta que se levantase. Hizolo así el  
espantajo prodigioso , y puesto en pie , al-  
zó el antifaz del rostro y hizo patente la  
mas horrenda , la mas larga , la mas blanca  
y mas poblada barba que hasta entónces  
humanos ojos habian visto , y luego desen-  
caxó y arrancó del ancho y dilatado pecho  
una voz grave y sonora , y poniendo los  
ojos en el Duque dixo : altísimo y pode-  
roso señor , á mi me llaman Trifaldin el de  
la barba blanca : soy escudero de la Con-  
desa Trifaldi , por otro nombre llamada la  
Dueña Dolorida , de parte de la qual tray-  
go á vuestra grandeza una embaxada , y es,  
que la vuestra magnificencia sea servida de  
darla facultad y licencia para entrar á de-  
cirle su cuita , que es una de las mas nue-  
vas y mas admirables , que el mas cuita-  
do pensamiento del orbe pueda haber pen-  
sado : y primero quiere saber , si está en  
este vuestro castillo el valeroso y jamas ven-  
cido caballero Don Quixote de la Mancha,  
en cuya busca viene , á pie y sin desayu-  
narse desde el réyno de Candaya , has-  
ta este vuestro estado , cosa que se puede  
y debe tener á milagro , ó á fuerza de en-



tantamento : ella queda á la puerta desta fortaleza , ó casa de campo , y no aguarda para entrar , sino vuestro beneplácito. Dixo. Y tosió luego , y manoseóse la barba de arriba abaxo con entrámbas manos , y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque , que fué : ya , buen escudero Trifaldin de la blanca barba , ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la Condesa Trifaldi , á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida : bien podeis , estupendo escudero , decirle que entre , y que aquí está el valiente caballero Don Quixote de la Mancha , de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda : y asimismo le podréis decir de mi parte , que si mi favor le fuere necesario , no le ha de faltar , pues ya me tiene obligado á dárselo , el ser caballero , á quien es anexo y concerniente favorecer á toda suerte de mugeres en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas , qual lo debe estar Su Señoría. Oyendo lo qual Trifaldin , inclinó la rodilla hasta el suelo , y haciendo al pifaro y tambores señal que tocasen , al mismo son y al mismo paso que habia entrado , se volvió á salir del jardin , dexando á todos admira-

dos de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quixote , le dixo : en fin , famoso caballero , no pueden las tinieblas de la malicia , ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto , porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este castillo , quando ya os vienen á buscar de lueñas <sup>39</sup> y apartadas tierras , y no en carrozas , ni en dromedarios , sino á pie y en ayúnas , los tristes , los afligidos , confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos : merced á vuestras grandes hazañas , que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo , señor Duque , respondió Don Quixote , que estuviera aquí presente aquel bendito Religioso , que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes , para que viera por vista de ojos , si los tales caballeros son necesarios en el mundo : tocara por lo ménos con la mano , que los extraordinariamente afligidos y desconsolados , en casos grandes y en desdichas inormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados , ni á la de los sacristanes de las aldeas , ni al caballero que nunca ha acertado á salir de

los términos de su Lugar, ni al perezoso cortesano, que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuizas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor, que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al Cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desman y trabajo que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

## CAPÍTULO XXXVII.

*Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.*

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver quan bien iba respondiendo á su intencion Don Quixote, y á esta sazón dixo Sancho: no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he

oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviesen dueñas, no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y que mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de qualquiera calidad y condicion que sean; que serán las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa tres faldas, ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que pues esta señora dueña de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, quanto mas que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de dueñas, será sirviendo á Reynas y á Emperatrices, que en sus casas son señorismas, que se sirven de otras dueñas. Á esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente: dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren Reyes, y nadie diga mal de las dueñas y mas de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una

dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tixerás le quedáron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, quanto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue. Siempre los escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas, ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesion. Á fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender no solo á los presentes, sino á todo el mundo, como no hay virtud que no se encierre en una dueña. Yo creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demas dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal botica-

rio, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. Á lo que Sancho respondió: despues que tengo humos de Gobernador se me han quitado los váguidos de escudero, y no se me da por quantas dueñas hay un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el píforo y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque, si seria bien ir á recibirla, pues era Condesa y persona principal. Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho ántes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso. ¿Quien te mete á ti en esto, Sancho? dixo Don Quixote. ¿Quien, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero, segun he aprendido los términos de la cortesía en la escuela de Vuesa Merced, que es el mas cortes y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía, y en estas cosas, segun he oido decir á Vuesa Merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dixo el Duque, ve-



rémolos el talle de la Condesa, y por el tantearémolos la cortesía que se le debe. En esto entráron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro, siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

## CAPÍTULO XXXVIII.

*Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.*

Detras de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Mártos: la cola, ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las ma-

nos de tres pages, asimesmo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos, que las tres puntas formaban, por lo qual cayéron todos los que la falda puntiaguda miráron, que por ella se debía llamar la Condesa Trifaldi, como si dixésemos, la Condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli, que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la Condesa Lobuna, á causa que se criaban en su Condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la Condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta Condesa por favorecer la novedad de su falda dexó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa y Don Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Paráron las doce dueñas, y hicieron calle, por medio

de la qual la Dolorida se adelantó, sin dexarla de la mano Trifaldín. Viendo lo qual el Duque, la Duquesa y Don Quixote se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca, que sutil y delicada, dixo: vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy léjos, pues quanto mas le busco, ménos le hallo. Sin él estaria, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano, la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la qual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldí, y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban es-

perando quien le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstancias, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no ménos plácido, que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los mas endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora, si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quixote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese, dixo Sancho, aquí está, y el Don Quixotísimo asimismo, y así podréis dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó Don Quixote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dixo: si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algun valor ó fuerzas de algun andante caballero, aquí están las mias, que aunque

flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo qual la Dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarse á los pies de Don Quixote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: ante estos pies y piernas me arrojé, ó caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Ó valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atras y escurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dexando á Don Quixote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dixo: ¡ó tú el mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante en los presentes, ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte, que en servir al

gran Don Quixote, sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humilísima y desdichadísima Condesa. Á lo que respondió Sancho: de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma quando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socallañas, ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á Vuesa Merced en todo lo que pudiere: Vuesa Merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y dexa hacer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la qual volviéndose á sentar, dixo: del famoso reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué



señora la Reyna Doña Maguncia, viuda del Rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuviéron y procreáron á la Infanta Antonomasia, heredera del reyno, la qual dicha Infanta Antonomasia se crió y creció debaxo de mi tutela y doctrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa: así era discreta, como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán, que no han de permitir los Cielos, que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agraz el racimo del mas hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de Príncipes, así naturales, como extrangeros, entre los quales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en

su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio, porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y mas que era poeta y gran baylarin, y sabia hacer una jaula de páxaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, quando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donayre, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo grangearme la voluntad y cohecharme el gusto para que yo mal alcaýde le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion, él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé que dices y brincos que me dió. Pero lo que mas me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fuéron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja, que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo: decian:

*De la dulce mi enemiga  
nace un mal, que al alma hiere,  
y por mas tormento quiere,  
que se sienta y no se diga.*

Parecióme la trova de perlas, y su voz de alibar, y despues acá, digo desde entónçes, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado, que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo ménos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen y hacen llorar los niños y á las mugeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido. Y otra vez cantó:

*Ven, muerto, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer del morir  
no me torne á dar la vida.*

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues que quando se humillan á componer un género de verso, que en

Candaya se usaba entónçes, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores con justo titulo los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quedome, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿Pues que, quando prometen el Fénix de Arabia, la corona de Ariadna, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan, ni pueden cumplir. ¿Pero donde me divierto? ¡Ay de mí desdichada! ¿que locura, ó que desatino me lleva á contar las agenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindiéron los versos, sino mi sim-

placididad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muy muchas veces en la estancia de la por mí, y no por él engañada Antonomasia, debaxo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora, no consintiera que sin ser su marido la llegara á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en qualquier negocio destes que por mí se tratare. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caballero particular, y la Infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reyno. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció, que la iba descubriendo á mas andar no sé que hinchazon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en buero á los tres, y salió dél, que antes que se saliese á luz el mal recado, Don Clavijo pidiese ante el Vicario por su muger á Antonomasia, en fe de una cédula, que

de ser su esposa la Infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el Vicario la cédula, tomó el tal Vicario la confesion á la señora: confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de corte muy honrado. Á esta sazón dixo Sancho: tambien en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino, que todo el mundo es uno; pero dése Vuesa Merced prieta, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Si haré, respondió la Condesa.

## CAPÍTULO XXXIX.

*Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.*

De qualquiera palabra que Sancho decía, la Duquesa gustaba tanto, como se desesperaba Don Quixote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió, diciendo: en fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la Infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sen-